

nos, manteníanse apartados en un extremo con increíble cortesía. Le fué preciso á Emilia cierto examen de los distintos elementos que formaban la multitud para dar con un motivo de burla. Pero no tuvo oportunidad de ejercer su sátira maliciosa ni la fortuna de oír muchas de las conversaciones agudas que los amigos de la murmuración recogen con deleite. Aquella criatura orgullosa encontró improvisamente en tan vasto campo una flor (la metáfora es propia de la estación) de tal brillo y de tales colores, que ejerció en su cerebro el influjo con que nos atrae cualquier novedad. Ocurríenos á menudo que, mirando una pieza de ropa, una colgadura, un papel blanco, lo hacemos tan distraídamente que no echamos de ver al pronto la mancha ó cualquier punto brillante que luego hiere con celeridad nuestra retina, como si no hubiesen estado allí hasta el punto en que los vemos: por una especie de fenómeno moral muy parecido á ese, la señorita de Fontaine reconoció en cierto joven el tipo que reunía las perfecciones físicas con que soñaba hacía tanto tiempo ya.

Sentada en una de las sillas rústicas que formaban á modo de muro natural alrededor de la sala, habíase colocado en el extremo del grupo de los suyos, con el objeto de incorporarse ó de avanzar siguiendo los caprichos de su fantasía interesada por los animados cuadros y por los grupos que se ofrecían en aquella escena como en la exposición del Museo; dirigía su lente con impertinencia á la persona que tenía á dos pasos, estableciendo sus juicios ni más ni menos que si hubiera criticado ó aplaudido una cabeza de estudio ó una escena de género. Su mirada, que iba recorriendo aquel lienzo animado, fué sorprendida improvisamente por la figura del mozo que parecía puesta adrede en un rincón del cuadro, en plena luz, como personaje apartado de los demás. El desconocido, soñador y solitario, apoyábase suavemente en una de las columnas que sostenían la techumbre; estaba con los brazos cruzados y se mantenía de perfil, como si hubiera adoptado esta posición para consentir á un pintor que le retratase. Su actitud era elegante y soberbia, pero no afectada. Ningún gesto demostraba que tuviese el rostro medio vuelto y la cabeza débilmente inclinada á la derecha como Alejandro, Lord Byron y otros ilustres, sin más objeto que atraerse la atención. Su mirada fija seguía las ondulaciones de una bailadora, revelando traidoramente no sé qué sentimiento profundo. Su estatura esbelta y airosa recordaba las bellas

proporciones de Apolo. Sus hermosos cabellos negros ensortijábanse con naturalidad sobre la despejada frente. Al primer golpe de vista echó de ver la de Fontaine lo primoroso de su ropa, la elegancia de sus guantes de cabritilla, comprados sin duda en el almacén de un excelente industrial, y la pequeñez del pie calzado con bota de piel de Irlanda. No ostentaba ninguna de esas feas baratijas con que se adornan los viejos petimetres de la guardia nacional ó los Lovelace de mostrador. Sólo ondeaba sobre su chaleco de corte exquisito una cinta negra de que pendían los lentes. Jamás había visto la exigente Emilia ojos de hombre sombreados por pestañas tan largas y retorcidas. Respiraba melancolía y apasionamiento aquella figura caracterizada por una tez verdosa y varonil. Su boca parecía estar siempre pronta á sonreír y á pronunciar la comisura de sus labios elocuentes; pero semejante disposición nada tenía de jovial, sino que descubría más bien cierto mohín triste. Era demasiado acabada aquella cabeza y era muy distinguida la persona para que se contentase uno con decir: «Hé ahí un hombre hermoso ó agraciado». Se deseaba conocerle. Contemplando al desconocido, ni el observador más perspicaz hubiera adivinado de confundirle con un hombre de talento á quien atraía con poderoso y especial interés aquella fiesta lugareña.

No necesitó Emilia más que un instante de estar atenta para reunir este cúmulo de reflexiones; y mientras las hacía, sometiendo el privilegiado ser á un estudio severo, admirábase silenciosamente. No pensó ella: «Es necesario que sea par de Francia», sino que se dijo: «Oh, si es noble, y debe serlo...» Se levantó, cortando la reflexión, encaminóse, seguida de su hermano el teniente general, hacia la citada columna aparentando observar las alegres parejas; pero valiéndose de un recurso de óptica familiar á las mujeres, no perdió un solo movimiento del mancebo, á quien fué aproximándose. El desconocido se alejó cortésmente para ceder el sitio á los recién llegados, y se apoyó en otra columna. Tan picada, Emilia, por la urbanidad del extraño, como lo hubiese sido por cualquiera impertinencia, se puso á hablar con su hermano levantando la voz más de lo que la discreción permitía; tomó varias actitudes; multiplicó sus gestos y rió sin motivo, más bien que para distraer á su acompañante, para que el otro se fijase en ella. Ninguna de sus mañas tuvo éxito. El desconocido siguió imperturbable. Le

señorita de Fontaine siguió entonces la dirección que imprimía á sus miradas el mozo, y dió con la causa de su apatía.

Entre la cuadrilla que había delante, bailaba una muchacha pálida, parecida á esas deidades escocesas que Girodet ha colocado en su inmenso cuadro de guerreros franceses recibidos por Ossian. Creyó Emilia reconocer á una ilustre lady que habitaba desde tiempo atrás una casa de campo próxima. Era el caballero de esta dama otro joven de quince años, de manos coloradotas, que vestía pantalón nankín y frac azul y calzaba zapatos blancos, y el cual demostraba que la afición de la joven por el baile no le permitía á ésta ser exigente para elegir pareja. Su aparente debilidad no embarazaba los movimientos, pero en cambio coloreaba ya sus blancas mejillas un rubor ligero, y su tez iba animándose. La señorita de Fontaine se aproximó un poco para examinar á gusto á la extranjera cuando se colocase en su sitio, mientras que la pareja de enfrente repetíase la figura que á la sazón ejecutaba. Pero el desconocido se adelantó, inclinóse hacia la linda bailadora, y la curiosa Emilia pudo oír distintamente estas palabras dichas con acento á la vez imperioso y dulce:

—Clara, hija mía, no bailes más.

Clara se insinuó haciendo un mohín de enfado, inclinó la cabeza en señal de respeto, y acabó por sonreirse. Después de la contradanza, el joven le demostró los cuidados solícitos de un amante, colocandó sobre sus espaldas un chal de cachemira, y le hizo sentarse donde estuviera al abrigo del viento. Algo más tarde, la de Fontaine les vió levantarse y pasear por el recinto como si se dispusieran á salir de él, y buscó un pretexto para seguirles, diciendo que iba á admirar las bellezas del jardín. Prestóse su hermano con maliciosa bondad al capricho de este paseo demasiado errante. Emilia vió cómo montaba la linda pareja en un elegante *tilbury* que guardaba un criado de librea y á caballo; en el instante en que desde lo alto de su asiento tomaba el joven las riendas, obtuvo Emilia una de esas miradas que caen indiferentes sobre la muchedumbre; después sintió la flaca satisfacción de verle volver dos veces más la cabeza; la desconocida le imitó. ¿Serían celos?

—Se me figura que ya tienes bien visto el jardín—le dijo su hermano;—podemos volver al baile.

—Con mucho gusto—respondió ella.—¿Crees que se trate de algún pariente de lady Dudley?

—Lady Dudley puede tener en su casa un pariente—replicó el barón de Fontaine,—pero no joven.

Al otro día, la señorita de Fontaine manifestó deseos de pasear á caballo. Insensiblemente fué acostumbrando á su tío y á su hermano á que le acompañasen en ciertas excursiones matinales, muy buenas, decía, para su salud. Gustábanle, con singular preferencia, las cercanías del lugar habitado por lady Dudley. Pero á pesar de sus maniobras hípicas, no volvió á tropezarse con el extranjero tan pronto como la alegre pesquisa á que se entregaba le podía prometer. Volvió distintas veces al baile de Sceaux, sin que lograrse ver allí al joven inglés, llovido del cielo para privar en sus ensueños y hermostrarlos. Aunque nada aguijonea más el incipiente amor de una joven que los obstáculos, estuvo á pique Emilia de abandonar su rara y secreta persecución, desesperando casi del éxito de la empresa, cuya singularidad pone de relieve la osadía de su carácter. Fuera fácil, en efecto, que estuviera rodando en torno de la aldea de Chatenay largamente sin hallar otra vez á su desconocido. Clara, como había oído nombrarla la señorita de Fontaine, no era inglesa, y el presunto extranjero no habitaba aquellos bosquecillos floridos y olorosos.

Una tarde salió Emilia á caballo con su tío, quien, desde que hacía buen tiempo, logró obtener de la gota larga tregua de hostilidades, y encontraron á lady Dudley. La noble extranjera llevaba en su carretela al señor Vandennesse. Emilia reconoció á la hermosa pareja y sus conjeturas se desvanecieron como se borran los sueños. Despechada, como toda mujer que sufre el desengaño de sus esperanzas, volvió grupas con tal rapidez, que su tío se vió en grave apuro para seguirla, con tal rabia había espoleado su *poney*.

—Soy probablemente demasiado viejo para comprender á estos espíritus de veinte años—observó el marino poniendo su caballo al galope,—á no ser que la juventud del día no se parezca poco ni mucho á la de mi tiempo. ¿Qué demonios le ocurre á mi sobrina? Ahora va despacio como un guardia que patrulla por las calles de París. ¿No parece que quiere acorrallar á ese bravo ciudadano que se me figura un autor que va soñando en sus poesías, pues lleva

un *album* en la mano, si no veo mal? A fe mía, que soy bien necio. ¿Si será el joven en cuya busca nos desvivimos?

Asaltado por este pensamiento, moderó el paso de su cabalgadura, con el objeto de llegar sin alboroto al lado de su sobrina. El vicealmirante había cometido demasiadas atrocidades en el transcurso de los años 1771 y siguientes, época de nuestros anales en que la galantería privaba, para no adivinar en seguida que Emilia, por una de las más felices casualidades, acababa de encontrar á su desconocido del baile de Sceaux. A pesar del velo que los años extendían sobre sus ojos grises, supo apreciar el conde de Kergarouët todos los indicios de la agitación extraordinaria que conmovía á su sobrina, y eso que ella procuraba disfrazarla imprimiendo cierta imperturbabilidad á su rostro. La mirada penetrante de la joven hablase fijado con cierto estupor en el extranjero, que iba tranquilamente algunos pasos delante.

—¡Bien va ello!—pensó el marino.—Le seguirá como el corsario que corre detrás de un buque mercante. Después, así que haya visto que se aleja, le desesperará el no saber á quién ama, y el ignorar si se trata de un marqués ó de un hombre de baja condición. Ciertamente, las cabezas juveniles debieran tener cerca una peluca tan vieja como yo...

Apretó de improviso á su caballo, haciendo que corriese el de su sobrina, y pasó con tanta celeridad entre ella y el joven paseante, que obligó á éste á lanzarse sobre el verde declive que formaba uno de los lados del camino. Deteniendo inmediatamente su caballo, el conde gritó:

—¿No podía usted dejar paso?

—Ah, dispense usted, caballero—respondió el desconocido.—Ignoraba que me correspondiese á mí excusarme, cuando he estado á punto de ser derribado.

—¡Vaya, con el hombre! ¡Acabemos!—replicó agriamente el marino adoptando un tono en cuya mofa había algo de insultante.

Al mismo tiempo levantó el látigo como si intentase zurrigar al bruto y rozó la espalda de su interlocutor, diciendo:

—El ciudadano liberal es respondón, y todo respondón debe ser prudente.

El joven trepó por el declive del camino al oír este insulto;

to; cruzóse de brazos y contestó con acento muy conmovido:

—Caballero, no puedo creer, viendo esos cabellos blancos, que le divierta á usted todavía el provocar duelos...

—¡Cabellos blancos!—exclamó el marino interrumpiéndole.—Tu lengua miente: no son más que grises.

Tan acalorada fué la disputa que había comenzado en tales términos, que el joven adversario perdió pronto el tino y la mesura que se esforzara en conservar. Cuando el conde de Kergarouët vió que se acercaba su sobrina con señales de la más viva inquietud, indicó su nombre á su antagonista, encargándole que no hablase del asunto en presencia de la joven confiada á sus cuidados. El desconocido no pudo menos de sonreír y entregó su tarjeta al viejo marino, añadiendo que habitaba una casa de campo en Chevreuse, y se alejó rápidamente después de habérsela señalado con el ademán.

—En poco estuvo que no atropellases á ese pobre diablo, sobrina—dijo el conde reuniéndose con Emilia.—¿No sabes sujetar al caballo por la brida? Me dejas solo y tengo que comprometer mi dignidad en defensa de tus locuras: si hubieras permanecido firme, con una sola mirada, con una de esas palabras corteses que dices tan bien cuando no eres impertinente, se hubiera reparado el daño, aunque le hubieses roto un brazo.

—Pero, querido tío, si tuvo su caballo de usted y no el mío la culpa. Creo que ya no puede usted montar; no es usted tan buen jinete como el año pasado. Pero en lugar de entretenernos en bagatelas...

—¡Diantre! ¡bagatelas! ¿Te parece que no tiene importancia el que se ofenda á tu tío?

—¿No debemos enterarnos si está herido aquel joven? Mire usted cómo cojea.

—No, que corre. Le he obligado rudamente á que se reportara.

—¡Ah! Le conozco á usted en eso, tío.

—Alto ahí, sobrina—dijo el conde sujetando el caballo de su compañera por la brida.—No veo la necesidad de hacer concesiones al primer mercachifle: por dichoso puede tenerse con que le obligue á apearse una muchacha tan encantadora como tú ó el comandante de la *Belle-Poule*.

—¿Y de dónde saca usted que sea plebeyo, querido tío? Se me figura que son muy distinguidos sus modales.

—No hay quien no los posea hoy, sobrina.

—No, tío; todos no tienen el porte y la traza que sólo da la costumbre de rozarse con la gente en los salones, y apostar con gusto á que ese joven es noble.

—Pues no te ha sobrado tiempo para examinarlo.

—No es la primera vez que le veo.

—Ni tampoco la primera que le buscas—replicó el almirante sonriendo.

Sonrojóse Emilia, y pasados algunos minutos, que saboreó el tío viéndola turbada, agregó:

—Ya sabes que te amo como si fueras mi hija, precisamente porque no hay otro que, como tú, conserve en la familia el legítimo orgullo de raza. ¡Diantre! ¿quién hubiera creído, sobrinilla mía, que los buenos principios llegasen á ser tan raros? Pues bien, quiero que me tengas por confidente. Comprendo que te interesa ese hidalgo; pero, silencio, porque se burlarían en casa de nosotros si nos embarcásemos al amparo de un pabellón ruin. Ya sabes lo que tal cosa significa. Déjame, por tanto, que te ayude, sobrina. No salga de entre los dos el secreto y prometo presentarlo en el salón.

—¿Cuándo, tío?

—Mañana.

—Pero sin comprometerme yo á nada, ¿no es eso?

—A nada, absolutamente: puedes bombardearle, incendiarlo, y dejarlo á la postre como una carraca inútil, si tal es tu gusto. No será la primera vez, ¿verdad?

—¿Qué bueno es usted, tío!

Cuando entraron en la quinta, el conde echó mano á sus gafas, sacó furtivamente la tarjeta de su bolsillo y leyó para sí: **MAXIMILIANO LONGUEVILLE, CALLE DEL SENTIER.**

—Puedes estar tranquila—dijo á su sobrina—y pescarlo, con la conciencia segura de que pertenece á una de nuestras familias legendarias: si no es ya par de Francia, lo será infaliblemente.

—¿Y cómo sabe usted tantas cosas?

—Respeta mi secreto.

—¿Conoce usted su nombre acaso?

Inclinó el conde silenciosamente su cabeza canosa que tenía una semejanza viva con un tronco viejo de roble alrededor del cual revoloteasen algunas hojas arrebatadas por el viento de otoño; observando el gesto, su sobrina se apre-

suró á marearle con el poder siempre nuevo de su coquetería. Hábil en la industria de festejar al viejo, le prodigó las caricias más pueriles, las palabras más tiernas, y llegó hasta á abrazarle para que le descubriese secreto de tal magnitud. Como el anciano pasaba los días haciendo representar semejantes escenas á su sobrina, pagándolas á menudo con el regalo de cualquier joya, ó cediéndole su palco en los Italianos, complaciase en hacerse de rogar, y sobre todo en que le acariciaran. Pero hizo que durasen aquellas complacencias demasiado tiempo y Emilia se enfadó, pasando de las ternuras á los apóstrofes y poniéndole un palmo de hocicos; pero la curiosidad la atrajo nuevamente. El diplomático marino obtuvo de su sobrina la solemne promesa de ser en lo sucesivo más cauta, más dulce, menos voluntariosa, menos pródiga de dinero, y, sobre todo, el compromiso de no ocultarle nada. Concluido el tratado y firmado con un beso que él depositó sobre la blanca frente de la niña, la arrastró á un ángulo de la sala, sentósele en las rodillas, colocó la tarjeta entre sus dos pulgares de modo que estuviese medio oculta, y fué descubriendo letra por letra el nombre de Longueville, negándose obstinadamente á que se viese una línea más. Con tal éxito, fué más profundo el sentimiento íntimo que embargaba á la señorita de Fontaine, quien se entretuvo gran parte de la noche en agrandar el cuadro fastuoso de los sueños con que había ido alimentando sus esperanzas. En fin, gracias á la casualidad que invocaba frecuentemente, Emilia no creía ya que fuese fabuloso el origen de las riquezas imaginarias con que había ido dorando la ilusión de su vida conyugal. Como todas las jóvenes á quienes se ocultan los peligros del amor y del matrimonio, se apasionó de las apariencias engañosas del matrimonio y del amor. ¿No significa esto que su sentimiento germinó, como todos esos caprichos propios de la edad alegre, errores dulces y crueles á la vez que ejercen fatal influjo en la existencia de las jóvenes, demasiado inexpertas para que puedan labrarse por sí solas la felicidad futura?

Al día siguiente por la mañana, antes de que Emilia despertase, su tío se encaminó á Chevreuse. Vió al joven, á quien con tanta entereza había insultado la víspera, en el patio de un elegante pabellón, y se dirigió á su encuentro con la afectuosa cortesanía que distinguió á los ancianos de la antigua corte.

—¡Ah, querido! ¿quién dijera que á la edad de setenta y tres años tendría yo que ventilar un asunto con el hijo ó el nieto de uno de mis amigos mejores? Soy vicealmirante, caballero; ¿no vale esto tanto como decir que lo mismo me da sostener un duelo que fumar un cigarro? En mi tiempo era imposible la intimidad entre dos jóvenes si no la sellaban antes con su sangre. Pero ¡vientre de corza! ayer había embarcado yo, como buen marino, excesiva cantidad de ron á bordo y fui á chocar con usted. ¡Choquémosla! Prefiero recibir cien sofiones de un Longueville, á dar el menor disgusto á su familia.

Por muy frío que procurara mostrarse el interpelado, no pudo sustraerse mucho tiempo al influjo de la franca bondad con que se presentaba el conde de Kergarouët, y se dejó estrechar la mano.

—Si tenía usted propósito de salir á caballo, por mí no se moleste; pero á menos de que sea otro su plan, quiero que me acompañe; le invito á comer en el pabellón de la familia Planat. Es útil conocer á mi sobrino, el conde de Fontaine. ¡Oh! mi objeto es indemnizarle ¡voto á tal! de mi descortesía, presentando á usted cinco de las mujeres más lindas de París. ¡Hola! desaparece el enojo de su frente. Me gusta la juventud y me gusta risueña. Su dicha me recuerda los años bienhechores de mis mocedades, cuando no faltaban las aventuras ni los desafíos. ¡Cuánta alegría entonces! Hoy discute uno y todos se enfada, como si no hubiesen existido el siglo quince ni el diez y seis.

—¿Acaso no tenemos razón, caballero? El siglo diez y seis sólo ha legado la libertad de conciencia á Europa, en tanto que el diez y nueve le dará la libertad pol...

—No hablemos de política. Soy un recalitrante, un rezagado, si se quiere. Poco me importa que los jóvenes sean revolucionarios, con tal de que dejen al rey en libertad para disolver sus reuniones tumultuarias.

Algunos pasos más adelante, cuando el conde y su compañero llegaron á la mitad del bosque, el marino distinguió un naciente abedul, bastante delgado; detuvo su caballo y disparó una de sus pistolas, yendo la bala á clavarse en medio del árbol, á quince pasos de distancia.

—Ya ve usted, querido, que no tengo por qué temer un lance—dijo con gravedad cómica á Longueville.

—Ni yo tampoco—replicó este último, montando pronta-

mente su arma, dirigiendo la puntería al agujero hecho por la bala del conde y colocando la suya al lado de aquel blanco.

—Eso es lo que se llama un joven bien educado—gritó el conde entusiasmándose.

No faltaron, durante el paseo que dió con el que ya miraba comō sobrino, pretextos para interrogarle acerca de una infinidad de nimiedades, cuyo perfecto conocimiento era imprescindible, según su código particular, para ser un cumplido caballero.

—¿Tiene usted deudas?—preguntó finalmente á su compañero, después de otras muchas investigaciones.

—No, señor.

—¿Cómo? ¿quiere decir que paga usted cuanto gasta?

—Puntualmente, caballero; de otra manera perderíamos el crédito y la consideración.

—¿Cuándo menos tendrá usted varias queridas? ¡Ah, se sonroja usted, camarada!... Las costumbres han cambiado mucho. Con tales ideas de orden legal, de libertad y de kantismo, la juventud se ha maleado. No tiene á Guimard, ni á Duthé, ni acreedores, y carece de las delicias de la murmuración. Le falta á usted estar formado. No eche usted en saco roto que quien no comete locuras por la primavera, las hace en invierno. Si tengo ochenta mil libras de renta á los setenta años, es porque á los treinta me comí el capital... Y, por lo que toca á mi mujer, donde sobra harina no faltan agasajos. Con todo y las imperfecciones que noto, nada tienen que ver para que le presente á usted en el pabellón Planat. Recuerde que ha prometido venir, y que yo le espero.

—Vaya si es singular el viejecillo—pensó Longueville.—Viejo verde, de buen humor; pero aunque trate de parecer buen hombre, no me fiaré gran cosa de él.

Al día siguiente, hacia las cuatro, en el momento en que la concurrencia se había diseminado por los salones ó por el billar, un mozo anunció á los huéspedes del pabellón Planat: «El señor de Longueville». Al oír el nombre del favorito de Kergarouët, todos, hasta el jugador que apuntaba á su bola, se presentaron deseosos de observar el gesto de la señorita de Fontaine y de juzgar al fénix humano que había merecido mención honorífica en detrimento de tantos rivales. Longueville mereció la benevolencia de toda la familia, por su aspecto tan elegante como sencillo, por sus modales no afectados, por sus formas corteses y por su voz dulce cuyo

timbre hacía vibrar las cuerdas del corazón. No pareció extraño el lujo que reinaba en la vivienda del fastuoso procurador general. Aunque su conversación fuese propia de hombre experimentado, se pudo colegir fácilmente que había recibido brillante educación y que sus conocimientos eran tan vastos como sólidos. Dió tan discretamente con la frase adecuada á cierta discusión ligerísima que suscitó el viejo marino, hablando de construcciones navales, que una de las damas adujo que cualquiera pensaría si acababa de salir de la Escuela Politécnica.

—Creo, señora—respondió,—que puede uno vanagloriarse de haber entrado allí.

Rehusó con delicadeza, pero decididamente, á pesar de las vivas instancias que se le hicieron, la invitación á comer, y atajó las observaciones de las señoras, empeñadas en retenerle, diciendo que era el Hipócrates de una hermanita, cuya salud delicada exigía excesivos cuidados.

—¿El señor es, sin duda, médico?—preguntó irónicamente una de las cuñadas de Emilia.

—El señor procede de la Escuela Politécnica—respondió con acento bondadoso la señorita de Fontaine, cuya figura se iluminó con los tintes más bellos, al saber que la joven del baile era hermana de Longueville.

—Pero, querida mía, se puede muy bien ser médico y haber estado en la Escuela Politécnica; ¿no es así, caballero?

—Ninguna dificultad hay en ello, señora—contestó el joven.

Todas las miradas se convirtieron á Emilia, quien observaba con algo de curiosidad inquieta á su encantador desconocido, y que sólo pudo respirar con algún desahogo cuando le oyó decir, no sin que vagara una sonrisa en sus labios:

—No cuento con la satisfacción de ser médico, señora, y he renunciado á ejercer la profesión en puentes y caminos, porque, ante todo, me agrada conservar mi independencia.

—Ha hecho usted muy bien—añadió el conde.—Pero ¿cómo es posible que le parezca á usted honrosa la carrera de medicina? Cuidado, amigo mío, que para un hombre como usted...

—Respeto, señor conde, todas la profesiones útiles.

—Perfectamente, estamos de acuerdo. Respeta usted tales empleos como todo joven respeta á una señora y noble anciana.

La visita de Longueville no fué pesada ni breve. Retiróse en cuanto notó que había complacido á todos y que había satisfecho la curiosidad de cada cual.

—Es muy astuto el compadre—observó el conde, volviendo al salón después de haberle despedido fuera.

La señorita de Fontaine, única que estaba en el secreto, preparó esmeradamente su tocado, para llamar la atención del visitante; pero tuvo el ligero disgusto de ver que no le había hecho tanto caso como creyó merecerle. Los de la familia quedaron muy sorprendidos de que se encerrase en impenetrable reserva. Emilia desplegabá, cuando se introducía en la casa algún forastero, los recursos de su coquetería, de su cháchara aguda y la inagotable elocuencia de sus miradas y de sus gestos. Pero, ya porque la voz melodiosa del joven y el atractivo de sus modales le encantaran, ya fuera que se hubiese enamorado rabiosamente y que este sentimiento hubiera promovido un cambio en su ser, su actitud perdió la afectación que la caracterizaba. Sencilla y natural, ahora debió sin duda parecer más bella. Sólo que en su semejante conducta creyeron ver, algunas de sus hermanas y una anciana, amiga de la casa, un refinamiento de coquetería, suponiendo que por juzgar al joven digno de su aprecio, proponíase Emilia ir utilizando gradualmente sus armas, con el propósito de deslumbrarle de improviso, y en el instante que, á su juicio, fuera más oportuno. Se cifraba la curiosidad de todos en saber lo que la caprichosa pensaba del forastero; pero así como durante la comida rivalizaban en dotarle de una cualidad nueva que cada cual pretendía haber distinguido en su observación, la de Fontaine permaneció largo rato muda; la burla sutil de su tío sacóla repentinamente de su indiferencia, y entonces aseguró, en sentido zumbón, que la perfección celeste de que se hablaba debía ocultar algún defecto muy grave, y que se guardaría muy bien de juzgar de primera intención á un hombre tan hábil. «Los que así agradan á todos, no gustan á nadie, añadió, y el peor de los defectos es no tener absolutamente ninguno.» Como todas las jóvenes que aman, Emilia acariciaba la ilusión de poder ocultar sus sentimientos en el fondo del corazón, engañando con la apariencia contraria á los Argos que la envolvían; pero á los quince días ni un solo miembro de esta numerosa familia dejaba de estar al cabo de este secreto íntimo. A la tercera visita de Longueville, Emilia creyó que represen-

taba, para él, papel importante, y prodújole este descubrimiento placer tan embriagador, que no pudo menos de admirarse cuando pasó revista á sus emociones. Encontró en ellas algo que apesadumbra á su orgullo. Acostumbrada á ser el centro de atracción de la gente, vióse obligada á admitir una fuerza extraña que la atraía; procuró revolverse, pero le fué imposible arrojar de su espíritu la seductora imagen de aquel hombre. Luego le asaltaron nuevas desazones. Longueville poseía dos méritos muy contrarios á la curiosidad general y, sobre todo, impropios para satisfacer á la señorita de Fontaine: la discreción y la modestia, cualidades ambas inesperadas. No hablaba jamás de sí propio, ni de sus ocupaciones, ni de su familia. Sabía desconcertar, con la destreza de un diplomático, empeñado en mantenerse misterioso, las sutilezas que Emilia agotaba en su conversación y los lazos que le tendía para que le descubriese los pormenores relacionados á su persona. Si hablaba de pintura, Longueville contestaba como docto en el arte; si tocaba alguna pieza, el joven probaba que era hábil en el teclado del piano. Una tarde encantó á toda la reunión, casando su voz deliciosa con la de Emilia, al cantar uno de los hermosos dúos de Cimarosa; pero cuando intentaron saber si era artista, se chanceó con tal gracia, que fué imposible á damas tan expertas en el arte de adivinar sentimientos ajenos, descubrir á qué esfera social pertenecía. Bien podía hincar valerosamente la uña el viejo tío en semejante fortaleza, que todo era inútil, pues Longueville se escurría con agilidad á fin de conservar el encanto del misterio; le fué, desde luego, tan fácil continuar siendo el *bello desconocido* en el pabellón Planat, cuanto que la curiosidad no sobrepujaba nunca los límites de la educación. Atormentada Emilia por tal reserva, creyó sacar mejor partido, para obtener las confidencias que quería, de la hermana, que del hermano, y secundada por su tío, hábil en esta maniobra como lo era en las de un buque, trató de sacar á escena al personaje hasta entonces incógnito de la señorita Clara Longueville. A las primeras alusiones, manifestó la sociedad del pabellón vivos deseos de conocer á tan amable persona y de procurarles algún esparcimiento. Propúsose un baile sin etiqueta y quedó aceptado. Las damas confiaban en conseguir que hablase una niña de diez y seis años.

Las ligeras nubes amontonadas por la sospecha y crea-

das por la curiosidad, no impidieron que penetrase luz vivísima en el alma de la de Fontaine, haciéndole gozar deliciosamente de la existencia que la ponía al par de otra. Empezaba á darse cuenta de las analogías sociales. Y sea que la felicidad nos haga mejores de lo que somos, sea que tuviese su espíritu sobrada ocupación para atormentar á los otros, fué ya menos mordaz, más indulgente, más tierna. El cambio de carácter encantó á su admirada familia. Tal vez no era sino que su egoísmo se convertía en amor. Esperar la llegada de su tímido y prudente adorador era para ella un goce profundo. Sin que cambiaran una sola frase amorosa, comprendía que era amada, y ¡con qué arte complaciase en desplegar ante el desconocido los tesoros de una instrucción variadísima! Notó que á su vez era observada con mucho cuidado, y entonces procuró destruir todos los defectos que su educación amantó en su carácter. ¿No rendía, obrando así, el primer homenaje al amor, dirigiéndose al mismo tiempo implacable censura á sí propia? Quería agradar y encantó; amaba y fué idolatrada. Sabiendo su familia que su mejor guarda era el orgullo, dejábale en sobrada libertad, para que saborease esos leves goces pueriles que prestan tanto encanto y tanto empuje á los primeros amores. En más de una ocasión se pasearon el joven y la señorita de Fontaine por las alamedas del parque, donde la naturaleza estaba adornada como una mujer que va al baile. Más de una vez tuvieron entrevistas, sin objeto ni carácter, en que las frases más vacías de sentido son las que envuelven más sentimiento. Admiraron con frecuencia juntos el espectáculo del sol poniente encendiendo el horizonte en ricos matices. Cogieron margaritas para desflorarlas, y cantaron los dúos más apasionados, recogidos por el pentágrama de Pergolese ó de Rossini, como intérpretes fieles para expresar sus secretos.

Llegó el día del baile. Clara Longueville y su hermano, á quien los criados se obstinaban en adornar con la noble partícula, representaron allí el papel de héroes. Por primera vez en su vida, la señorita de Fontaine vió el triunfo de otra joven placenteramente. Prodigó con sinceridad á Clara las caricias atentas y los agasajos que no se prodigan de ordinario las mujeres sino para inspirar celos á los hombres. Emilia abrigaba su propósito; quería sorprender secretos que se le guardaban. Pero, aun siendo niña, la señorita Longueville probó que era más ingeniosa y más fuerte en el di-

simulo que su hermano, pues sin aparentar que trataba de parecer discreta, supo mantener la conversación sobre temas extraños á los intereses materiales, con tal encanto, que la de Fontaine no pudo menos de envidiarla y llamola *sirena*. Pensó Emilia interrogarla, pero fué Clara quien examinó á Emilia; quiso juzgarla, y fué la otra quien juzgó; sintió despecho con harta frecuencia, viendo que descubría su carácter en algunas respuestas que le arrancó maliciosamente su interlocutora, con aire tan ingenuo y cándido, que era imposible sospechar perfidia alguna. Momento hubo en que la señorita de Fontaine se mostró arrepentida de haberse manifestado imprudentemente contra los plebeyos á instigaciones de Clara.

—Señorita—le dijo la adorable criatura,—tanto he oído hablar de usted á Maximiliano, que eran grandes mis deseos de conocerla, por el afecto con que á él le miro; pero, desear conocer á una persona, ¿no es desear amarla?

—Temía, querida Clara, disgustar á usted hablando en tal forma de quienes no son nobles.

—Oh, tranquilícese usted. Hoy por hoy semejantes discusiones son inútiles, y en cuanto á mí, no me afectan; nada tengo que ver en el asunto.

Podía interpretarse como signo de ambición esta respuesta; pero la señorita de Fontaine se la explicó con alegría profunda, al modo que ocurre con todo el que está apasionado, en el sentido más conforme á sus deseos, ni más ni menos que en materia de oráculos suele hacerse; y volvió al baile, más jovial que nunca, contemplando á Longueville, cuyos modales y elegancia superaban á los de su tipo imaginario. Plenamente halagada imaginándole noble, sus negros ojos centellearon, y bailó con el intenso placer que se siente en presencia de quien se ama. En ninguna ocasión se comprendieron los amantes como entonces; más de una vez sintieron las puntas de sus dedos estremecerse y temblar cuando las reglas de la contradanza los unía.

Llegó la linda pareja al principio de otoño, gozando de las fiestas y de los placeres del campo, abandonándose con dulzura á la corriente del sentimiento más dulce de la vida y fortaleciéndolo por mil sucesos nimios que cada cual puede imaginar á su gusto: los amores se parecen siempre en determinados instantes. Ambos se estudiaban hasta el punto que es posible á los que aman.

—La verdad es que no se vió nunca amorcillo que tan prestamente tendiera sus alas al matrimonio de inclinación—decía el tío, siguiendo á los jóvenes con la mirada, como examina el naturalista un insecto con su microscopio.

Pero la frase desconcertó á los señores de Fontaine. El vandeano dejó de mirar el asunto del matrimonio con tanta indiferencia como había prometido á su hija. Buscó en París informes y no los halló. Inquietándole el misterio, ignorando qué resultaría de la investigación encargada á un administrador parisiense acerca de la familia Longueville, creyó oportuno aconsejar á Emilia que fuera cauta. La observación paternal obtuvo cierta obediencia fingida é irónica.

—Por lo menos, querida, si le amas no se lo confieses.

—Padre mío, es verdad que le amo, pero aguardaré, para decirselo, su autorización de usted.

—Sin embargo, Emilia, calcula que ignoras aún á qué familia pertenece y su posición.

—Si lo ignoro, en cambio le quiero. Padre mío, si ha deseado usted verme casada, y me ha concedido la libertad conveniente para que yo elija, y mi elección es ya irrevocable, ¿qué más falta?

—Falta saber, querida hija, si el distinguido ahora es hijo de un par de Francia—respondió irónicamente el venerable potentado.

Emilia guardó silencio algunos minutos, y levantando al fin la cabeza, dijo á su padre con cierta inquietud:

—¿Acaso los Longueville...?

—Se han extinguido en la persona del viejo duque de Rostein-Limbourg, quien subió al patíbulo en 1793. Era el último retoño de la última rama de segundones.

—Bueno, considere que hay muy buenas casas cuyo origen es bastardo. La historia de Francia abunda en ejemplos de príncipes que ponían barras en su escudo.

—Mucho han cambiado tus ideas—añadió de Fontaine sonriendo.

El día siguiente era el último que pasaba la familia en el pabellón Planat. Conturbado el espíritu de Emilia por la advertencia de su padre, aguardó con vivas ansias la hora en que el joven Longueville tenía la costumbre de verla, deseando provocar una explicación. Después de la comida, dirigióse sola al parque en demanda del bosquecillo de las

confidencias, donde sabía que su solícito amigo había de buscarla; y yendo hacia él, pensaba en la mejor manera de sorprender, sin comprometerse, secreto tan importante. ¡Cosa en verdad difícil! Hasta entonces ninguna confesión terminante había sancionado el vínculo amoroso que le unía al desconocido. Había gozado, como Maximiliano, secretamente de la suavidad del primer amor; pero tan soberbio uno como otro, parecía que á la par tenían reconocer que amaban.

Velase Maximiliano Longueville, á quien Clara inspiró sospechas fundadísimas hablando del carácter de Emilia, ora arrastrado por la vehemencia de su apasionamiento juvenil, ya contenido ante el deseo de conocer y experimentar á la dama que había de ser árbitro de su ventura. El amor no impedía que reconociese en ella las preocupaciones que maleaban aquel carácter; pero anhelaba saber si era correspondido, antes de atacarlos, pues no gustaba de aventurar la suerte de su amor como la de su propia vida. Se había mantenido, pues, en prudente silencio, que, por otra parte, traicionaban sus miradas, su actitud y sus actos más leves. En el lado opuesto ocurría que el orgullo, natural á una joven, excesivo en la señorita de Fontaine gracias á la necia vanidad que recogía de la importancia de su cuna y de su belleza, le impedía precipitar una declaración que la pasión avasalladora reclamaba á gritos. Así, habían comprendido los dos amantes instintivamente su estado de ánimo, sin explicarse la causa íntima. Hay momentos en la existencia en que las almas jóvenes gustan de sumergirse en lo vago. Por lo mismo que ambos tardaban en romper á hablar, parecía que les era grato el juego cruel de la espera. Uno pretendía descubrir si era amado por el esfuerzo que costaría la confesión á la orgullosa señora, y ésta esperaba á cada momento que concluyese un silencio que pecaba ya de respetuoso.

Sentada en un banco rústico, recordaba Emilia los acontecimientos de aquellos tres meses tan llenos de encantos. Las conjeturas de su padre eran los últimos temores que podían asaltarla, y los resolvió por sí misma en justicia, valiéndose de dos ó tres argumentos de joven inexperta que se le antojaron irrefutables. Ante todo convino en que no se podía equivocar. No había podido sorprender, en cuanto iba de estación, un gesto mezquino ni un trabajo sedentario que convirtiese á Maximiliano en ser vulgar; más bien, su orato-

ria en las discusiones descubrían al político preocupado en los más altos intereses del país. «Por otra parte, se dijo, un agente, un rentista ó un comerciante no hubieran tenido oportunidad de permanecer una temporada entera cortejándome en medio de los campos y de los bosques, y perdiendo el tiempo tan liberalmente como el noble libre de cuidados.» Y se enfrascaba ya en meditación mucho más interesante para ella que estos pensamientos previos, cuando el tenue zumbido del follaje le anunció á Maximiliano, que la contemplaba largo rato con admiración, sin duda.

—¿Sabe usted que no está bien sorprender á las jóvenes de ese modo?—le dijo sonriendo.

—Sobre todo si están pasando revista á sus secretos—contestó con finura Maximiliano.

—¿Por qué no he de tenerlos yo, si usted también los guarda?

—¿Pensaba usted realmente en sus secretos?—replicó él riéndose.

—No, meditaba en los de usted. Los míos no se me ocultan.

—Pero—añadió suavemente el joven cogiendo el brazo de la señorita de Fontaine,—es posible que mis secretos sean los de usted, y los de usted míos.

A los pocos pasos encontráronse en una espesa arboleda, que envolvían los rayos del sol poniente, como ocultándola en nube de arbol apagado. Imprimió esta magia de la naturaleza no sé qué solemnidad á tan grave momento. El ardimiento y la osadía del joven, y más aún lo agitado de su corazón fogoso, cuyas pulsaciones aceleradas se transmitían elocuentemente al brazo de Emilia, exaltáronla con tanta más furia cuanto que eran bien simples é inofensivas las causas de aquella fiebre. Y es que la reserva á que se acostumbran las señoritas de la clase alta presta increíble fuerza á las explosiones de sus sentimientos y constituye uno de los peligros más terribles, que puede perjudicarles cuando tropiezan con amantes apasionados. Nunca habían hablado las miradas de Emilia y de Maximiliano con tanto atrevimiento. A pique de dar en la embriaguez amorosa, olvidaron sin dificultad las leves exigencias del orgullo y las consideraciones frías de la desconfianza. Sólo les fué posible al principio expresarse con un apretón de manos que sirvió de intérprete á sus gozosos pensamientos.

—Caballero, tengo algo que preguntar á usted, dijo temblorosa y con voz conmovida la señorita de Fontaine, adelantándose con cierta pausa y rompiendo el largo silencio. —Pero considere usted, por favor, que me obliga á ello la situación bastante rara en que me veo respecto de mi familia.

Sucedió una pausa pavorosa á estas frases que Emilia pronunció poco menos que tartamudeando. Y mientras duró el silencio no osaba la orgullosa sostener la mirada brillante de su amigo, pues sintió hondamente la ruindad de las palabras que siguieron.

—¿Es usted noble?

Después de lo cual, hubiera querido verse en lo más profundo de un lago.

—Señorita—replicó gravemente Longueville, en cuya figura inquieta vino á reflejarse no sé qué severa dignidad, —prometo responder sin rodeos á esa pregunta, si usted contesta sinceramente á la que voy á hacerle.

Abandonó el brazo de la pobre niña, quien pensó de improviso que quedaba sola en el mundo, y agregó:

—¿Con qué intención trata usted de averiguar mi nacimiento?

Permaneció ella inmóvil, fría, muda.

—Señorita—siguió diciendo Maximiliano, —no vayamos más lejos si no nos comprendemos. La amo á usted—y al hablar así era el timbre de su voz profundo y tierno.—Pues bien—concluyó con aire alegre al oír la exclamación de gozo que no pudo ella reprimir,—¿por qué preguntarme si soy noble?

—¿Hablaría así no siéndolo?—dijo una voz interior, que imaginó Emilia que se levantaba de lo más íntimo de su pecho.

Y levantó graciosamente la cabeza, pareciéndole beber nueva vida en la mirada del joven, al que le tendió el brazo como brindándole á renovar la alianza.

—¿Ha creído usted que yo me pagaba mucho de los títulos?—preguntó Emilia con maliciosa astucia.

—Carezco de títulos que brindar á mi mujer—respondió Maximiliano entre jovial y serio.—Pero si la busco en altas esferas y entre aquellas á quienes la fortuna acostumbra al lujo y á los goces de la opulencia, bien sé cómo me obliga la elección. El amor lo da todo—añadió festivamente,—

pero sólo á los amantes. A los esposos les hace falta algo más que la bóveda de los cielos y la alfombra de los prados.

—Es rico—pensó ella.—En cuanto á los honores, apuesto á que quiere probarme. Se le habrá dicho que estoy inficionada por el virus de nobleza y que únicamente quiero casarme con un par de Francia. Las impertinentes de mis hermanas me habrán jugado esta mala partida. Le aseguro á usted, caballero—dijo en alta voz,—que mis ideas acerca de la vida y de la sociedad han sido algo exageradas; pero hoy—agregó intencionadamente y dirigiéndole una mirada enloquecedora,—ya sé dónde ha de buscar una mujer las verdaderas riquezas.

—Necesito creer que habla usted con el corazón en la mano—respondió el mancebo con dulce gravedad.—Pero el próximo invierno, mi adorada Emilia, antes de dos meses quizás, estaré orgulloso de lo que pueda ofrecerte, si es que te importan mucho los placeres de la fortuna. No guardaré otro secreto, y lo guardo ahora porque de su éxito depende mi felicidad, y no me atrevo á decir la nuestra..

—¡Oh, dilo, dilo!

Entretenidos en dulce coloquio, andando lentamente, volvieron al salón. Nunca como entonces le pareció á la señorita de Fontaine su novio tan amable y discreto; parecióle que había más encanto en sus formas esbeltas y sus modales sugestivos, después de aquel palique que acababa de confirmarle, en cierto modo, el señorío sobre un corazón digno del que desearan para sí todas las mujeres. Cantaron los dos tan expresivamente un dúo italiano, que la reunión aplaudióles con entusiasmo. El tono que adoptaron en la despedida, aunque ajustándose á las conveniencias sociales, sirvió de máscara á su ventura. En resolución, las emociones del día fueron para la joven á modo de cadena que la ató estrechamente á la suerte del desconocido. La energía y la dignidad que había desplegado durante la escena en que se revelaron sus respectivos sentimientos, impuso, sin duda, á la señorita de Fontaine el respeto necesario para que subsista el verdadero amor. Cuando se quedó sola con su padre, éste le cogió afectuosamente las manos y le preguntó si poseía ya algún dato acerca de la posición y de la familia de Longueville.

—Sí, querido padre—respondió;—soy más feliz de lo

—Caballero, tengo algo que preguntar á usted, dijo temblorosa y con voz conmovida la señorita de Fontaine, adelantándose con cierta pausa y rompiendo el largo silencio. —Pero considere usted, por favor, que me obliga á ello la situación bastante rara en que me veo respecto de mi familia.

Sucedió una pausa pavorosa á estas frases que Emilia pronunció poco menos que tartamudeando. Y mientras duró el silencio no osaba la orgullosa sostener la mirada brillante de su amigo, pues sintió hondamente la ruindad de las palabras que siguieron.

—¿Es usted noble?

Después de lo cual, hubiera querido verse en lo más profundo de un lago.

—Señorita—replicó gravemente Longueville, en cuya figura inquieta vino á reflejarse no sé qué severa dignidad, —prometo responder sin rodeos á esa pregunta, si usted contesta sinceramente á la que voy á hacerle.

Abandonó el brazo de la pobre niña, quien pensó de improviso que quedaba sola en el mundo, y agregó:

—¿Con qué intención trata usted de averiguar mi nacimiento?

Permaneció ella inmóvil, fría, muda.

—Señorita—siguió diciendo Maximiliano, —no vayamos más lejos si no nos comprendemos. La amo á usted—y al hablar así era el timbre de su voz profundo y tierno.—Pues bien—concluyó con aire alegre al oír la exclamación de gozo que no pudo ella reprimir,—¿por qué preguntarme si soy noble?

—¿Habría así no siéndolo?—dijo una voz interior, que imaginó Emilia que se levantaba de lo más íntimo de su pecho.

Y levantó graciosamente la cabeza, pareciéndole beber nueva vida en la mirada del joven, al que le tendió el brazo como brindándole á renovar la alianza.

—¿Ha creído usted que yo me pagaba mucho de los títulos?—preguntó Emilia con maliciosa astucia.

—Carezco de títulos que brindar á mi mujer—respondió Maximiliano entre jovial y serio.—Pero si la busco en altas esferas y entre aquellas á quienes la fortuna acostumbra al lujo y á los goces de la opulencia, bien sé cómo me obliga la elección. El amor lo da todo—añadió festivamente,—

pero sólo á los amantes. A los esposos les hace falta algo más que la bóveda de los cielos y la alfombra de los prados.

—Es rico—pensó ella.—En cuanto á los honores, apuesto á que quiere probarme. Se le habrá dicho que estoy inficionada por el virus de nobleza y que únicamente quiero casarme con un par de Francia. Las impertinentes de mis hermanas me habrán jugado esta mala partida. Le aseguro á usted, caballero—dijo en alta voz,—que mis ideas acerca de la vida y de la sociedad han sido algo exageradas; pero hoy—agregó intencionadamente y dirigiéndole una mirada enloquecedora,—ya sé dónde ha de buscar una mujer las verdaderas riquezas.

—Necesito creer que habla usted con el corazón en la mano—respondió el mancebo con dulce gravedad.—Pero el próximo invierno, mi adorada Emilia, antes de dos meses quizás, estaré orgulloso de lo que pueda ofrecerte, si es que te importan mucho los placeres de la fortuna. No guardaré otro secreto, y lo guardo ahora porque de su éxito depende mi felicidad, y no me atrevo á decir la nuestra..

—¡Oh, dilo, dilo!

Entretenidos en dulce coloquio, andando lentamente, volvieron al salón. Nunca como entonces le pareció á la señorita de Fontaine su novio tan amable y discreto; parecióle que había más encanto en sus formas esbeltas y sus modales sugestivos, después de aquel palique que acababa de confirmarle, en cierto modo, el señorío sobre un corazón digno del que desearan para sí todas las mujeres. Cantaron los dos tan expresivamente un dúo italiano, que la reunión aplaudióles con entusiasmo. El tono que adoptaron en la despedida, aunque ajustándose á las conveniencias sociales, sirvió de máscara á su ventura. En resolución, las emociones del día fueron para la joven á modo de cadena que la ató estrechamente á la suerte del desconocido. La energía y la dignidad que había desplegado durante la escena en que se revelaron sus respectivos sentimientos, impuso, sin duda, á la señorita de Fontaine el respeto necesario para que subsista el verdadero amor. Cuando se quedó sola con su padre, éste le cogió afectuosamente las manos y le preguntó si poseía ya algún dato acerca de la posición y de la familia de Longueville.

—Sí, querido padre—respondió;—soy más feliz de lo

que ambicionaba. Decididamente no me casaré como no sea con el señor de Longueville.

—Está bien, Emilia—replicó el conde;—sé lo que me toca hacer.

—¿Hay algún abstáculo?—preguntó con verdadera ansiedad la enamorada.

—Querida mía, ese joven es absolutamente desconocido; pero á menos que se trate de un bribón, desde el momento en que tú le amas, me es ya tan caro como un hijo.

—¿Bribón él? Estoy tranquila sobre ese punto. Mi tío, que nos lo ha presentado, puede responder. Diga usted, tío, ¿ha sido alguna vez filibustero, pirata, corsario?

—Bien sabía que iba á meterme en el fregado—gritó el viejo marino, despezándose.

Buscó por el salón, pero su sobrina había desaparecido como fuego fatuo, valga la frase vulgar.

—Oiga usted, tío—replicó el señor de Fontaine,—¿cómo ha tenido usted la pachorra de ocultar cuanto sabe de ese joven, notando nuestros temores? ¿Pertenece Longueville á buena familia?

—No le conozco ni por su padre ni por su madre—repuso el conde de Kergarouët.—Fiándome del tacto de esa loquilla, le he traído su *Santa Presa*, valiéndome de un medio que yo conozco. Me consta que el muchacho tira muy bien á pistola, caza diestramente, juega de un modo maravilloso al billar, al ajedrez y al chaquete; empuña las armas y monta á caballo como el difunto caballero de San Jorge. Su erudición es abundante en lo que se refiere á nuestros viñedos. Cuenta como *Barème*, dibuja, baila y canta con perfección. Pero ¿en qué diantre pensáis vosotros? Si no se trata de un noble perfecto, á ver dónde hay un villano que sepa todo eso, y tráigame á otro hombre que viva con tanta independencia como él. ¿Se ocupa en algo? ¿Compromete su dignidad rastreando por las oficinas ó doblando el espinazo ante esos intrusos que han medrado con el título de directores generales? Va por la línea recta. Es todo un hombre. Además de eso, he aquí que acabo de encontrar en el bolsillo de mi chaleco la tarjeta que me entregó cuando imaginaba que pretendía yo cortarle el gañote, ¡pobre inocente! Es poco lista la juventud de hoy. Toma, entérate.

—*Calle del Sentier*, 5—dijo de Fontaine recordando, entre todos los informes recibidos, el que más convenía al foras-

tero.—¿Qué diablo significa esto? Los señores Palma, Werbrust y compañía, cuyo principal comercio es el de muselinas, indianas y telas de hilo teñidas, al por mayor, viven allí. Bueno, ya tengo el hilo. Longueville, el diputado, tiene una parte en el negocio de la casa. Sí; pero que yo sepa, sólo tiene Longueville un hijo de treinta y dos años que no se parece en nada al nuestro, y á quien cede cincuenta mil libras de renta en matrimonio para que pueda casarse con la hija de un ministro; tiene tantas ganas de que le hagan par como cualquier otro. No le he oído hablar nunca de Maximiliano. ¿Tiene una hija? ¿Que viene á ser la tal Clara? Por otra parte, puede muy bien cualquier intrigante tomar el nombre de Longueville. Pero la casa Palma, Werbrust y compañía ¿no está á punto de la bancarrota, por una operación hecha en Méjico ó en las Indias? Ya aclararé todos esos puntos.

—Hablas solo, como si estuvieras en las tablas del teatro, y parece que soy yo cero á la izquierda—dijo de pronto el marino.—¿No sabes, pues, que si es noble, guardó más de un saco en mis escotillas para poner á cubierto su falta de fortuna?

—Tocante á eso, si es hijo de Longueville, nada necesita; pero—agregó de Fontaine moviendo su cabeza á diestro y siniestro—ni siquiera ha adquirido su padre jaboncillo sucientemente. Antes de la revolución era procurador, y el *de* que usa desde la Restauración, le pertenece tanto como la mitad de su fortuna.

—¡Bah, bah! Felices aquellos cuyos padres fueron ahorcados—gritó en son de burla el viejo.

Tres ó cuatro días después de aquel tan memorable, una de esas mañanas de noviembre que presentan á los parisien-ses sus *bulevares* limpios por el frío agudo de los primeros hielos, salió la señorita de Fontaine, luciendo un abrigo de pieles nuevo que pretendía imponer á las modas, y con dos de sus cuñadas á quienes en otro tiempo abrumó á fuerza de epigramas. Debíase el paseo de estas tres damas, menos al antojo de probar un carruaje elegantísimo y de sorprender con los vestidos que debían servir de modelo á la temporada de invierno, que al deseo de ver una piel que una amiga había descubierto en un rico almacén de ropas, situado al extremo de la calle de la Paz. No habían hecho más que entrar, cuando la baronesa de Fontaine tiró á Emilia de

la manga y le indicó á Maximiliano Longueville, sentado en el mostrador y distraído en devolver con desenvoltura mercantil el cambio de una pieza de oro á la modista, con quien parecía cotejar una cuenta. El bello desconocido tenía en la mano algunas muestras que dejaban fuera de duda su honrosa profesión. Sin que nadie llegase á notarlo, sintió Emilia un escalofrío glacial; pero gracias al dominio adquirido en las formas convencionales, disimuló perfectamente la rabia que le mordía el corazón, y respondió á su hermana con un: «¡Lo sabía!» cuya riqueza de entonación y cuyo acento inimitable hubiera envidiado la actriz más célebre de aquella época. Se adelantó hacia el mostrador. Longueville levantó la cabeza, metió las muestras en el bolsillo con desesperante sangre fría, saludó á la señorita de Fontaine y se aproximó á ella mirándola vivamente.

—Señorita—dijo á la modista que le seguía con aire receloso,—ya mandaré arreglar esa cuenta; mi casa lo quiere así. Pero, tome—añadió al oído de la joven, entregándole un billete de mil francos,—tome usted. Quedará el asunto entre nosotros.—Y volviéndose á Emilia, dijo:—Espero que me perdone usted, señorita. Usted comprenderá la tiranía que ejercen sobre uno los negocios.

—Pero se me figura, caballero, que me tiene la cosa muy sin cuidado—respondió la de Fontaine, mirándole con tal aplomo y con tal aire de burlona indiferencia, que cualquiera hubiese creído que le veía por primera vez.

—¿Habla usted seriamente?—preguntó Maximiliano con voz entrecortada.

Volvióle la espalda Emilia con increíble impertinencia. Estas breves palabras, cruzadas en voz baja, no llegaron á oídos de las dos cuñadas. Y cuando, satisfecha su curiosidad respecto del adorno en cuestión, volvieron al carruaje, no pudo Emilia menos de convertir sus ojos á la tienda odiosa donde vió á Maximiliano de pie y con los brazos cruzados, en la actitud de hombre superior á la desgracia que le hería tan súbitamente. Cruzáronse sus miradas implacables, creyendo herir cruelmente el corazón que cada cual amaba. Y en un segundo se hallaron tan lejos como si uno estuviese en China y el otro en Groenlandia. ¿No lo marchita todo el soplo de la vanidad? Abocada al combate más rudo que pueda agitar el corazón de una joven, la señorita de Fontaine recogió la más abundante cosecha de dolores que

jamás las preocupaciones y las debilidades hayan podido sembrar en el alma humana. Su rostro, fresco y aterciopelado poco antes, veíase surcado de tonos amarillos, de manchas rojas, y á veces las tintas blancas de sus mejillas verdeaban súbitamente. Queriendo ocultar la turbación á sus hermanas, les señalaba, riendo, ó un transeunte ó un tocado ridículo. Sentíase más profundamente herida por su silencio piadoso que por la ironía con que hubieran podido vengarse. Hizo esfuerzos para arrastrarlas á cierta conversación en que, empleando paradojas insensatas, procuró desvanecer su cólera haciendo blanco á los comerciantes de las injurias más vivas y de chuscadas de mal tono. En casa atacóle una fiebre que al principio revistió caracteres peligrosos, pero al cabo del mes, los cuidados del médico y de sus padres devolvieronle la salud. Creíase que esta lección durísima domaría el carácter de Emilia, quien volvió insensiblemente á sus antiguas costumbres y á caer en el torbellino de la sociedad. Pretendía ella que no era bochornoso equivocarse. Si tuviese, como la tenía su padre, influencia en la Cámara, incitaría á ésta á que dictase una ley contra los mercaderes, mandando que, sobre todo los mercaderes de indianas, fuesen marcados en la frente, como los carneros del Berri, hasta la tercera generación. Quería que sólo los nobles tuviesen derecho á llevar las antiguas vestiduras francesas que caían tan bien á los cortesanos de Luis XV. Oyéndola, resultaba una desgracia para la monarquía que no se diferenciase ostensiblemente los comerciantes de un par de Francia. Otras mil agudezas, que es fácil adivinar, se sucedían con rapidez cuando un suceso imprevisto la ponía en el disparadero; pero los que la distinguían con su afecto notaron en todas sus salidas de tono un fondo de tristeza resignada. Era evidente que Maximiliano Longueville imperaba aún en aquel corazón incomprensible. Era á veces tierna, como lo fué en la estación fugitiva en que germinó su cariño, y á veces insostenible. Disculpaban todos la veleidosa conducta, que provenía de un sentimiento enojoso, en cierto modo oculto, y aparentemente conocido. El conde de Kergarouët consiguió dominarla, aunque no enteramente, gracias á que abrió la mano en el capítulo de las prodigalidades, especie de consuelo que rara vez resulta ineficaz en las parisienses. Al primer baile á que acudió la señorita de Fontaine fué al de la embajada de Nápoles. Y acababa de colocarse en el más lu-

cido de los cuadros, cuando notó á pocos pasos la presencia de Longueville, quien saludó con ligera inclinación de cabeza á su pareja.

—¿Es amigo de usted ese joven?—preguntó á su caballero con aire desdeñoso.

—Nada menos que mi hermano—repuso el interpelado. No pudo Emilia evitar el estremecimiento que recorrió sus músculos.

—¡Ah!—continuó él entusiásticamente—es el alma más hermosa de este mundo.

—¿Me conoce usted?—interrumpió Emilia con apresuramiento.

—No, señorita. Descortesía imperdonable, lo confieso, no haber conservado en la memoria nombre que pronuncian todos los labios, y aun debería afirmar que conservan los corazones todos; pero hay una excusa en mi abono, y es que llego ahora de Alemania. Mi embajador, que está en París con licencia, me ha mandado aquí para que sirva de rodrigón á su amable esposa, á quien puede usted ver, allá abajo, en aquel ángulo.

—Un verdadero mascarón trágico—dijo Emilia examinando á la embajadora.

—Y es, sin embargo, pareja de baile—añadió riendo el joven.—Será preciso que la invite, y por eso he querido antes tomarme el desquite por mi mano.

La señorita de Fontaine se inclinó.

—No me ha sorprendido poco—continuó el hablador secretario de embajada—tropezarme aquí con mi hermano. Al volver de Viena supe que el pobre muchacho se hallaba en cama, enfermo, y deseaba verle antes de asistir al baile; pero la política no nos deja siempre enteramente libres para que podamos consagrar nuestras íntimas afecciones. La *padrona della casa* no me ha permitido subir á la de mi pobre Maximiliano.

—¿Su hermano de usted no tiene también la carrera diplomática?

—No—dijo el secretario suspirando;—se ha sacrificado por mí. Él y mi hermana Clara han renunciado el patrimonio, para que pueda yo disfrutar del mayorazgo. Mi padre, como todos cuantos votan á favor del ministerio, sueña con la dignidad de par. Y se le ha prometido el nombramiento—añadió en voz baja.—Mi hermano consiguió reunir algún

capital, y se ha asociado ahora á una casa de banca; ha hecho, según mis noticias, un negocio en el Brasil, que puede convertirle en millonario. Héteme gozoso de haber contribuido al éxito con mis relaciones diplomáticas, y esperando impaciente un telegrama de la legación brasileña, que será tal, que juro que ha de desarrugarle el ceño. ¿Y qué le parece á usted del hombre?

—Que no revela la figura de su hermano de usted al rentista ocupado en especulaciones mercantiles.

Escudriñó el diplomático de una ojeada el semblante aparentemente tranquilo de su compañera.

—¡Cómo!—dijo sonriendo.—¿Las señoritas descubren con tal arte las preocupaciones amorosas en las frentes sombrías?

—¿Está enamorado su hermano de usted?—preguntó ella haciendo un mohín de curiosidad.

—Sí. Mi hermana Clara, á quien atiende con solicitud maternal, me escribió que se había enamorado el verano último de una linda muchacha; luego, ya nada he sabido de tales amores. ¿Quiere usted creer que el pobre muchacho se levantaba á las cinco de la mañana á despachar sus asuntos para encontrarse á las cuatro en las tierras de la hermosa? Así me explico que haya echado á perder un bellissimo caballo de raza que yo le envié. Perdone usted esta cháchara, señorita: llegó de Alemania. Hace un año que no he oído hablar correctamente francés; siento comezón de gozar contemplando rostros franceses, y estoy harto de alemanes, á tal punto, que en mi rabia patriótica hablaría hasta con las figuras esculpidas en un candelabro de mi país. Además, usted tiene la culpa de que me explique yo con abandono nada discreto para un diplomático. ¿No me ha advertido usted de la presencia de mi hermano? Cuando se trata de él, soy incorregible. Gustárame hablar al mundo entero de sus bondades y de sus impulsos generosos. ¡Como que se trata nada menos que de cien mil libras de renta que rinden los terrenos de Longueville!

Debió la señorita de Fontaine estas revelaciones importantísimas á la destreza que desplegó para interrogar á su confiado caballero, tan pronto como supo que era hermano del desdeñoso amante.

—¿Y ha podido usted, sin pesadumbre de ningún género, ver que su hermano vendía muselinas é indianas?—pregun-

tó Emilia, terminada la tercera postura de la contradanza.

—¿Cómo sabe usted eso?—dijo el diplomático.—A Dios gracias, aunque me pierda perorando en un flujo de palabras, poseo ya el arte de decir sólo aquello que me conviene, así como todos los novicios en diplomacia á quienes conozco.

—Usted me lo ha dicho, téngalo por seguro.

El señor de Longueville miró á la señorita de Fontaine con admiración no exenta de perspicacia. La sospecha penetró en su ánimo. Consultó sucesivamente los ojos de su hermano y los de su bailadora, adivinólo todo, cerró sus manos en fuerte apretón, levantó la vista al techo, echóse á reir y dijo, al cabo:

—¡Soy tonto de capirote! No hay otra más bella que usted en el baile; mi hermano la observa á hurtadillas, baila á pesar de la calentura, y usted finge no verle. Labre usted su dicha—concluyó, acompañándola al lado de su tío,—que no tendré celos; pero no me comprometo á que no se estremezca mi corazón al llamarla á usted hermana...

Esto no obstante, tenían que ser inexorables los amantes consigo mismos. Cerca de las dos de la madrugada sirvióse un refresco en una inmensa galería, donde, para que las personas de un mismo corro se reuniesen, las mesas fueron colocadas como lo hacen los fondistas. Por una de esas casualidades que ocurren siempre á los enamorados, la señorita de Fontaine se encontró en la mesa más próxima á aquella en que se sentaron las personas más distinguidas. Contábase Maximiliano en este grupo. Emilia prestó oídos á las conversaciones de sus convecinos, y pudo escuchar uno de esos coloquios que fácilmente se inician entre jóvenes tan discretos y elegantes como Maximiliano Longueville. Era la interlocutora del joven banquero una duquesa napolitana, cuyos ojos iluminaban como los relámpagos, cuya piel blanca tenía el brillo del satén. La intimidad con que Longueville trataba á la dama, molestó tanto más á la señorita de Fontaine, cuanto que acababa de devolver á su amante una ternura veinte veces mayor que la que le usurpara en otro tiempo.

—Sí, caballero; en mi país, el amor que no es fingido no perdona sacrificio alguno—decía la duquesa haciendo carantoñas.

—Son ustedes más apasionadas que las francesas—repuso Maximiliano, cuyo mirar encendido cayó sobre Emilia.—En mis paisanas no hay más que vanidad.

—Señor—replicó vivamente la joven,—¿no es falta censurable el calumniar á su patria? La abnegación es virtud característica en todos los países.

—¿Cree usted, señorita—replicó la italiana con sonrisa sardónica,—que la parisiense es capaz de seguir á su amante al fin del mundo?

—¡Ah, entendámonos, señora! Se habita una tienda en el desierto, pero no es posible sentarse detrás de un mostrador.

Y completó su pensamiento dejando escapar un gesto desdenoso. Así secó por segunda vez la flor de su felicidad naciente el influjo ejercido sobre Emilia por su funesta educación, malográndole la existencia. La frialdad aparente de Maximiliano y la sonrisa de la dama le arrancaron una de esas sátiras mordaces, cuyos pérfidos goces le seducían siempre.

—Señorita—le dijo en voz baja Longueville aprovechando el ruido que hicieron las mujeres al abandonar la mesa,—nadie hará por su felicidad votos más fervientes que los míos. Permítame usted que así lo asegure despidiéndome de usted. Dentro de algunos días salgo para Italia.

—¿Con una duquesa, sin duda?

—No, señorita, con una enfermedad mortal acaso.

—¿No se trata de un cuento?—preguntó Emilia mirándole inquietamente.

—No, hay heridas que no se cicatrizan nunca.

—No partirá usted—añadió imperiosamente la joven, sonriendo.

—Partiré—replicó con gravedad Maximiliano.

—Pues me encontrará casada á su regreso, se lo advierto á usted—indicó ella con zalamería.

—Así lo deseo.

—¡Qué impertinente! se venga con mucha crueldad—murmuró.

Quince días más tarde, salió con su hermana Maximiliano Longueville en dirección á las tibias y poéticas comarcas de la bella Italia, dejando á la señorita de Fontaine combatida por los más rudos pesares. El secretario de embajada tomó por su cuenta el disgusto de su hermano, y supo conseguir una venganza ruidosa de los desdenes de Emilia, publicando los motivos de la ruptura. Devolvió con usura á su pareja de baile los dicerios que ella había lanzado anteriormente contra Maximiliano, é hizo sonreír á más de una Ex-

celencia maltratando á la bella enemiga de los mostradores, la amazona que predicaba una cruzada contra los banqueros, la joven cuyo amor se habia desvanecido delante de media vara de muselina. Tuvo que usar el conde de Fontaine de toda su influencia para que se diese á Augusto Longueville una comisión en Rusia, á fin de evitar á su hija el ridículo que el peligroso persecutor arrojaba sobre su nombre á manos llenas. No tardó el ministerio, obligado á formar una lista de pares para sostener las opiniones aristocráticas que vacilaban en la noble Cámara á impulsos de la voz de un escritor ilustre, en nombrar al señor *Guiraudin* de Longueville par de Francia y vizconde. De Fontaine obtuvo también tal dignidad como recompensa á su adhesión durante los días de prueba y á su nombre que hacía falta en la Cámara hereditaria.

Por esta época, como entrara Emilia en su mayor edad, hizo sin duda serias reflexiones acerca de las cosas de la vida, pues cambió sensiblemente lo mismo en el tono de sus ideas que en sus modales: en vez de abrumar con pesadas burlas á su tío, le prodigó mil cuidados afectuosos y le llevó la muleta con una ternura perseverante que obligaba á reír á los chuscos; ofrecióle el brazo; paseó en su carruaje y le acompañó en todas sus excursiones; le convenció de que gustaba del olor de la pipa, y le leyó su querida *Cotidiana*, resistiendo las bocanadas de humo que el malicioso marino le echaba adrede; estudió el juego de *piquet*, para competir con el viejo conde; en fin, con ser tan caprichosa y antojadiza, escuchó sin impacientarse la narración periódica del combate de la *Belle-Poule*, de las maniobras de la *Ville-de-Paris*, de la primera expedición de M. de Suffrén, ó de la batalla de Aboukir. Aunque el experimentado marino hubiese dicho con harta frecuencia que conocía á la perfección su longitud y su latitud para dejarse atrapar por una joven corbeta, por los salones de París se esparció una hermosa mañana la noticia del matrimonio entre la señorita de Fontaine y el conde de Kergarouët. Convertida en condesa, procuró aturdirse dando fiestas espléndidas; pero encontró, sin duda, el vacío en el fondo de tal torbellino; el lujo ocultaba torpemente el abandono y la desventura de su alma doliente; lo más del tiempo, contra lo que fingía su alegría estrepitosa, descubriase una tristeza íntima en su bella figura. Emilia se mostraba, sin embargo, atenta y deferente con su viejo ma-

rído, quien, á menudo, retirándose por la noche á su cuarto, al ruido ensordecedor de la orquesta, decía: «No me reconozco ya. ¿Debia, pues, llegar á los setenta y dos años para embarcarme como piloto á bordo de la *Bella Emilia*, después de veinte años de galeras conyugales?» La conducta de la condesa quedó marcada con tal sello de severidad, que ni aun la crítica más clarividente tuvo nada que tachar en ella. Los observadores pensaron que el vicealmirante se habia reservado el derecho de disponer de su fortuna para sujetar más fuertemente á su mujer: suposición injuriosa para tío y sobrina. La situación de los dos esposos fué tan sabiamente calculada, que los jóvenes más intrigados tocante al secreto de esta familia, no pudieron penetrar si el viejo trataba á su mujer como padre ó como esposo. Se le oía decir con frecuencia que habia recogido á su sobrina como náufrago, y que en su vida de marino no abusó nunca de la hospitalidad cuando salvaba á un enemigo del furor de las tempestades. La condesa aspiraba á reinar en los salones de París, y procuraba ponerse á la altura de las señoras duquesas de Maufrigneuse, de Chaulieu, las marquesas de Espard y de Aiglemont, las condesas Féraud, de Montcornet, de Restaud, señora de Camps y señorita Des Touches; pero no cedió jamás al amor del joven vizconde de Portenduere, que la adoró como á un ídolo.

Dos años después de su matrimonio, hallándose en uno de los antiguos salones del barrio de San Germán, cuyo carácter digno de los tiempos antiguos causaba admiración, oyó Emilia anunciar al señor vizconde de Longueville; y en el ángulo del salón, donde sostenía la partida de *piquet* con el obispo de Persépolis, su emoción no pudo ser notada por nadie; volvió la cabeza y vió entrar á su perdido pretendiente, que se le ofrecía ahora en todo el brillo de su juventud. La muerte de su padre y la de su hermano, que sucumbió á la inclemencia del clima de Petersburgo, habían colocado sobre la cabeza de Maximiliano las plumas hereditarias del sombrero de par; su fortuna igualaba á sus conocimientos y á su mérito; sin ir más lejos, la vispera supo deslumbrar á la asamblea con su elocuencia fogosa. ¡Y aparecía á la triste condesa, libre y adornado con todas las cualidades que en tiempos más dichosos pedía á su tipo ideal! Todas las madres cargadas de hijas casaderas coqueteaban procurando ganar á un joven dotado de virtudes que se le

suponían admirando su gracia; pero mejor que ninguna dama, sabía Emilia que triunfaba entre todas las dotes del vizconde de Longueville la firmeza de carácter, prenda en que la mujer prudente cifra su felicidad. Contempló furtivamente al almirante, quien, según su expresión familiar, parecía fuerte para aguantarse aun por mucho tiempo á bordo de su existencia, y maldijo los errores en que había amamantado su infancia.

Turbó sus reflexiones el señor de Persépolis, diciéndole con gracejo episcopal: «Mi linda dama, se ha descartado usted del rey de oros y he ganado. Pero no sintáis la pérdida de vuestro dinero; lo reservo para mis pobres seminario.»

París, diciembre 18.



LA BOLSA

Á SOFKA

¿No ha observado usted, señorita, que los pintores y escultores de la edad media han impreso siempre una semejanza filial á las dos figuras que colocaban en adoración á los pies de una hermosa santa? Viendo su nombre entre los que me son queridos, y á cuya protección fío mis obras, recuerde usted la afectuosa armonía que invoco, y encontrará, no un homenaje en esta memoria, sino la expresión del fraternal cariño que le profesa,

Su servidor,

DE BALZAC.

Hay, para las almas que se impresionan fácilmente, una hora deliciosa, que suele ser aquella en que la noche no ha llegado aún y en que el día se ha extinguido ya; el resplandor crepuscular comunica entonces sus tintas suaves ó sus reflejos extraordinarios á todos los objetos, y favorece el ensueño que se confunde vagamente con los matices de la sombra y de la luz. El silencio que reina casi siempre en ese instante contribuye á hacerle grato, particularmente á los artistas, quienes, apartándose algunos pasos de las obras en que ya no pueden trabajar, se recogen en sí mismos, y se apoderan, embriagados, del sentimiento de sus concepciones, que se presenta entonces brillante á los ojos interiores del genio. Es necesario haberse abstraído en momentos tales cerca de un ser amado para comprender las ventajas que reportan á la fantasía. A favor de la penumbra, los artificios